

Poesía hípica de Pedro J. de la Peña

Alberto Torés García

Pedro J. De La Peña

Poesía Hípica

Octava Edición, Ediciones Tantín, Santander, 2015.



La obra literaria de Pedro J. De La Peña está, por fortuna, suficientemente reconocida y estudiada tanto en los ámbitos críticos y universitarios como académicos que insistir en ello sería una muestra de redundancia. Pero conviene recordar que desde 1970, cuando se inicia en poesía con *Fabulación del tiempo* hasta la fecha, sus constantes poéticas han ofrecido al lector verdaderos hallazgos y singulares imágenes que dentro del extenso panorama de nuestras letras, ocupa un lugar reconocible. Los lectores hemos podido disfrutar de su escritura, absolutamente original e impactante no sólo en poesía sino en narrativa. De tal suerte, quise reconocer la admiración que sentía por el poeta nacido en Reinosa y afincado en Valencia, que preparé una edición de su poesía de 1970 a 2001 y que publicaba Hueriga&Fierro Editores con el título de *Poética del Fuego*.

Hoy me detengo con especial asombro como lector interesado - más allá de la amistad que le profeso- en su poemario *Poesía Hípica* que conoce de la mano de Ediciones Tantín de Santander, la octava edición. Lo repito, la octava edición para un libro de poesía que de hecho le convierte sin ningún género de duda en uno de los poemarios esenciales de la poesía contemporánea.

Por otro lado, quisiera detenerme en un dato que nos atañe directamente. Estamos en 1989. Junto con Pablo Luis Silverio y José Gaitán, dirigimos la *Revista Literaria Canente* así como su colección de pliegos y de libros de poesía. Nos cabe el honor de haber sido los responsables de la primera edición de *Poesía Hípica* en Ediciones Libros/Canente, N. 7, Málaga, 1989. De inmediato, la poesía de Pedro De La Peña nos sedujo y se convirtió en nuestro fichaje de lujo, la gran apuesta editorial de *Canente*. El Ayuntamiento de Málaga, a través de su colección Agua de Mar, decide en el año 2000 reeditar el poemario de Pedro J. De La Peña, en tal ocasión prologado por un servidor. Un poemario que igualmente ha sido traducido al

griego, búlgaro, ruso, es decir, una poesía en torno a los caballos o al amor por los cabellos que ha despertado sumo interés.

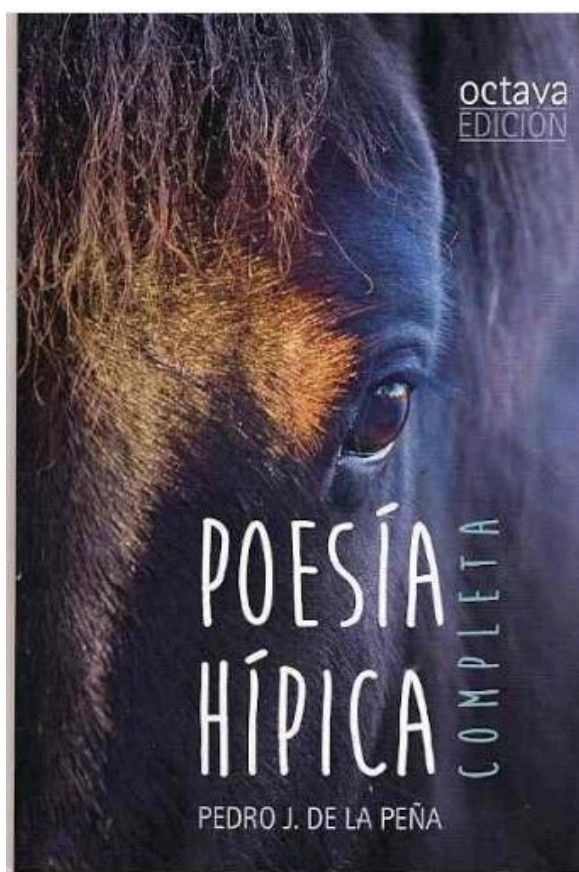
En esta nueva edición, figura un prólogo magistral del profesor y ensayista Pedrito García Cueto que se adentra con rigor, ternura y acierto por las sendas de *Poesía Hípica*.

Uno de los rasgos que define este poemario de Pedro De La Peña, lo señalábamos en la segunda edición, es que *Poesía Hípica* nacía por el deseo, incesante y bullicioso, de dar sentido pleno a los rumores de la memoria. Si sumamos, el evidente amor hacia los caballos, especialmente destacando el lado mitológico, telúrico y grandioso que posee este animal, el espíritu viajero que le caracteriza, sus pasiones sean librescas, musicales o cinematográficas, un verso esencial que cree en los encuentros mágicos de las palabras, todo ello nos lleva a una comunicación absolutamente deslumbrante que traspasa incluso el ámbito de la palabra, pues aquí, las caricias, el tacto, las miradas, los sentidos nos inundan y nos conquistan. Pedrito Luis Cueto en otro momento señala con exactitud que : “ Nunca antes el caballo había sido tratado con tanto amor y nunca se había producido un libro donde el extraño misterio de la relación entre un ser humano y un animal cobrara tanta hondura”.

En el poema titulado “Los caballos” que va dedicado a otro amante de los caballos como es Fernando Savater, leemos: *“La niebla es los caballos cuando respiran/ de sus ardientes pechos sube a sus bocas,/ como una nube blanca se eleva y gira/ por los cortados picos, sobre las rocas.../ Sólo es de noche cuando se desvanecen”*.

Poesía y mitología que se dan la mano en el impulso natural, en el respirar, en lo elevado, en una suerte de vuelo que nos anuncia una aventura inédita y auténtica.

La vida en un galopar que sueña impresos, estampas de un poeta que realmente ha sido jinete. En el poema “Aceptación del destino propio (Sagitario)”, puede leerse: *“ Aunque tu flecha alcance/ el aire abierto, el viento, el sol,/ el curvo espacio, la infinita carrera,/ la longitud perdida de la tarde,/ hay un caballo*



ilimitado/que sin jinete corre más allá". En libertad, el caballo se fundamenta, en los anhelos de inmortalidad se emparenta con lo divino, y en su discurrir lo indomable es sustancia, el centauro Quirón a quién va dedicado el poema, muestra su poder con total naturalidad y a la vez va trenzando muertes, tiempos, melancolías, recuerdos y amor.

A todas luces, la poesía de Pedro De La Peña es cosmopolita, efervescente y genuina, pero sobre todo se enmarca en las premisas del Humanismo Solidario. ¿Acaso la defensa de la naturaleza reforzada en el amor por los caballos no es una tesis propia del Humanismo Solidario? Una tesis tan novedosa como paradójica, en tanto en cuanto el signo más fiable de progreso sea el mantener nuestro entorno.

La poesía de Pedro J. de la Peña va ligada perdurablemente al discurso de la razón, al auténtico límite de los territorios donde se plasma la legitimidad de lo lógico, las dificultades de lo diferente, las determinaciones de lo éticamente correcto y cómo no, la inevitable referencia a las leyes de lo contradictorio. Aquí, estamos ante un crisol que sirve para bucear en las resonancias del tiempo que simétricamente conjugan paisajes y edades. Una característica específica de la labor de Pedro de la Peña ampliamente admirada es el terreno de la observación, lo que junto a sus rasgos de eminente viajero convierten su transparente y nítida mirada en un eje de movimientos profundos, honestos, constructivos, especialmente interesantes, en suma en un verso que combina una gran capacidad comunicativa y por tanto persuasiva con un natural discurrir de la sugerencia y por ello cautivador.

El desdoblamiento imaginativo por el que se revela la unidad del poeta-filólogo encuentra un original modo para reajustar el pensamiento y el impacto de la imagen. En esa multiplicación de elementos y símbolos así como en la acumulación de efectos, el poeta va determinando las coordenadas para contraponer su particular construcción de la derrota y a la vez unos anhelos superiores expresados algunas veces por mitos trascendentes, héroes históricos y toda una galería de personajes cercanos a la heterodoxia. Su concepción más o menos lógica de la razón poética nos conduce ahora a un nuevo punto de acceso que será la nostalgia, su nueva edificación será la historia o si acaso otra interpretación posible, la curva de juegos paisajísticos con volúmenes abiertos jugará un importante papel hasta presentarse como ubicación de esta poesía, como ubicación de una nueva línea argumental. Los bosques, los árboles, las selvas son un espacio altamente simbólico para las literaturas. La identificación con el caballo, cuando no humanización es un aporte singular del poeta valenciano. En el poema "Envejecemos juntos" dedicado a su último caballo, Sufi: *"En tu crin portentosa te ha salido una cana/y se une a las mías con la misma vejez;/Caballo hermoso y mío, tu cabeza es humana./También tu corazón"*.

Una poesía que tiene como fondo una gran variedad cromática, que se

ilumina desde las primeras impresiones y no renuncia al vértigo lingüístico si con ello logra las condiciones para dar validez a su proyecto poético: Conocimiento y el don de la emoción. La sensibilidad por la tradición, las gestas desmesuradas tan hermosamente expuestas en el poema “El retorno de los samurais” que bien podría ser el punto de partida de una película de Akira Kurosawa, los valles que imprimen su fuerza, todo ello nos remite a un mundo fuera de lo común de gran originalidad. Por ello, su poema alterna la condensación y el verso ágil frente a la estrofa extensa y el largo fraseo, en un intento claro por dar mayor énfasis a las fuerzas de la naturaleza pero también a la dignidad humana y desde luego a la historia de los caballos, que es tanto como describir la historia de la humanidad.

Cierto es que siempre he sentido la poesía de Pedro De La Peña encaminada hacia una poética culta de la acción, pero que a su vez asimila un complejo tejido humanista, cuando no se emparenta directamente con la descripción de las condiciones de la conciencia, es decir, me gusta oscilar entre el territorio del Humanismo Solidario y los confines de una poesía ecléctica, auténtica, inteligente que lleva como sobrenombre el de “poética del fuego”. La poética del fuego no desprovista de utilidad que cubre gran parte de su obra, logra la premisa deseada que no es sino contribuir a la renovación de nuestro panorama poético. De tal suerte, que no estamos ante una escritura de diseño sino ante el perspectiva “**hacer ver**” de Paul Eluard.

Pedro de la Peña mantiene un diálogo con la historia y con los efectivos principios de realidad o de leyenda, al tiempo que concreta el terreno de la sensibilidad y del saber. El gusto por lo mítico es latente, sus pasiones viajeras, literarias, librescas, cinéticas, musicales acuden junto a los sueños y las inquietudes de la infancia. Sus poemas son tupidas redes de signos, paisajes, símbolos y hechos. Son horizontes de abstracciones que siempre dejan paso a los ambientes humanos. De este modo, la naturalidad que es una secuencia dentro del proceso creador se adhiere plenamente a la propia búsqueda – esencia de ese mismo proceso. Por consiguiente, no es exclusiva y vinculante vocación espiritual lo que opera en sus textos sino un significativo carácter metafísico. Asimismo su frase contribuye a una envolvente atmósfera, olorosa, táctil, abrumadoramente seductora.

Por octava vez, recomiendo vivamente esta joya bibliográfica de Pedro De La Peña, *Poesía Hípica*, y me permito felicitar a los responsables de Ediciones Tantín, no solamente por esta extraordinaria reedición, sino por esa labor tan inconmensurable que lleva ya 36 años desarrollando.